

habrá desprecio que no nos hagan, ni oprobio con que no nos cubran, ni insulto que no arrojen sobre nosotros....

¡Gran desgracia! ¡Tremendo infortunio!

Porque, vamos á cuentas, y por partes: ¿Sois, ó no sois católicos?

Si lo sois, ó no teneis el corazón y la cabeza donde y como deben estar, ó necesariamente habeis de amar á la Iglesia católica, nuestra Madre; amándola habeis de querer su prosperidad; y queriendo su prosperidad, odiareis todo lo que tienda á cohibir su libertad, á despojarla de sus prerrogativas, á vilipendiar sus instituciones, á quitarla lo que de derecho la pertenece; en suma, habeis de odiar todo lo que, de cerca ó de lejos, en mayor ó menor escala, implique enemiga, ódio, persecución, á la iglesia católica.

No comprendemos que haya católicos que obren de otra manera, así como no nos explicamos que haya hijo tan desnaturalizado que no ame á su madre y desee su bienestar, y que si sabe que su madre tiene enemigos que la insultan é injurian, no la defiendan con todas sus fuerzas, no dándose reposo hasta lograr que aquellos la respeten.

Y volvamos á preguntar: ¿donde está hoy el mayor enemigo de la Iglesia? ¿Qué armas son las que más la dañan?

Pues la respuesta es segura. El liberalismo: ese es el mayor enemigo de la Iglesia. Las libertades de perdición, esas son las armas que más la dañan. Examínense los males que aquejan á la Iglesia católica, y se encontrará que casi todos dimanen de las libertades perniciosas, hijas del maldito liberalismo.

¿Y en que terreno se apoya el liberalismo para hacer esa guerra encarnizada á la Iglesia?

En el terreno político; en éste vive y se desenvuelve el liberalismo; en él se encuentran las armas que emplean contra la Iglesia; en ese terreno, y bajo el amparo y protección del liberalismo, crecen y se desarrollan las instituciones enemigas de la Iglesia toda, de tal ma-

nera, que hasta la masonería, que no parece que es una arma puramente política, y á pesar de su especial manera de ser, creemos que no puede existir, ni producir por consiguiente sus venenosos frutos en los países en que la política sea buena. Vivirá algún tiempo oculta en sus antros, desde donde poco puede hacer, pero al fin desaparecerá; la masonería vive más ó menos desahogadamente por las complacencias ó por la protección de la política, esto es evidente.

Y también es evidente que siendo como es el liberalismo, el mayor enemigo de la Iglesia, y siendo su campo y fortaleza la política, á la política hay que ir para combatirle, para arrojarle de sus trincheras, para impedir que desde allí siga dañando á la Iglesia de Cristo. No es posible destruir el liberalismo si no se combate; nada se consigue con combatir la política mala sino se opone otra buena.

II

No hay solución: si somos católicos, hemos de amar á la Iglesia, hemos de odiar á sus enemigos y siendo sus enemigos los principios liberales, por fuerza hemos de odiar á éstos; si odiamos á los principios liberales, hemos, claro está, de procurar destruirlos para restaurar los principios católicos. Y para hacer esto, no hay que decirlo, es necesario servirse de la política, no de la política menuda que solo busca el triunfo de aspiraciones terrenas, sino de otra política más elevada que busca, ante todo y sobre todo, el triunfo de los santos principios del catolicismo.

Y ya estamos dentro de la política, trabajando en la política, sirviendonos de la política, para defender nuestros principios religiosos y combatir á los contrarios.

Esto, de fijo causará un horror grande á los católicos tímidos, á los cuales se me ocurre preguntar: ¿Que os asusta?

¿Que temeis para obrar así, como católico, dentro de la política?

Y oigo contestar: Tememos á la opinión pública, que no nos perdonará esta nuestra ingerencia en asuntos políticos.....

¡Oh! ¡La opinión pública! ¿Y sabeis lo que es la opinión pública? Un ente imaginario, un espantajo; esto y nada más es la opinión pública.

Los católicos piensen, juzguen y opinen como católicos, y su opinión será católica; los liberales, por el contrario, piensan y opinan como liberales, y liberal es su opinión.

Si un católico trabaja con todas sus fuerzas en todos los terrenos, en el de la política inclusive, en bien de la Iglesia, claro es que los católicos le aplaudirán; es decir, que la opinión católica estará de su parte; y claro está también que á los liberales no les hará, maldita la gracia, que aquel católico luche por destruir lo que ellos aman; de manera que la opinión liberal le censurará.

Y señores católicos tímidos, ¿cual de estas dos opiniones es la *opinión pública*? ¿Es la católica ó la liberal?

No será la opinión católica, porque ésta ha de aplaudir lo bueno que hagan los católicos, y por consiguiente no hay por qué temerla; y siendo la católica, claro está que esa *opinión pública* que tanto os amedrenta, no es ni más ni menos, que la opinión de los liberales, que ha de censurar vuestros actos de católicos, cosa muy lógica y natural, tan natural y lógica como ridículo é insensato es que los católicos se preocupen de lo que de ellos piensen los liberales, cuando se trata de cumplir con su deber de católicos, y se afanen y despepien por darles gusto.

III

Decíamos que lo ridículo é insensato, sobre toda ponderación, es que los católicos se preocupen de lo que de ellos digan los liberales, y de las censuras que

puedan dirigirles por que cumplan con sus deberes de católicos.

—Vamos á probarlo.

Nada más insensato y ridículo, en efecto, que el que un católico vea los males que aquejan á la Iglesia, comprenda la necesidad de que todos sus hijos trabajen para defenderla, y, sin embargo, por temor de disgustar á los liberales renuncie á poner cuanto esté de su parte, para coadyuvar á tan buena obra.

Esto nos hace un efecto parecido al que nos haría ver á un hombre que contemplara asaltada la casa de sus padres, y suya, por una cuadrilla de ladrones, y sintiendo deseos de defender su propiedad, no lo hiciera por temor á disgustar á los salteadores, é impedir con tan *prudente* conducta que éstos le apellidaran *intransigente* ó cosa por el estilo, ya que no querfa *transigir* ni consentir en que se le despojara de su legítima propiedad.

¿No es natural que un hombre defienda su hacienda contra los que injustamente pretenden despojarle de ella? ¿Habrá quien le censure por ésto, no siendo los mismos á quienes impide consumir su latrocinio? ¿Y no sería risible que por temor á estas censuras se dejase despojar?

Pues más natural, y, sobre todo, mayor obligación es en los católicos defender su fé amenazada por los enemigos de la Iglesia; y si risible es que un hombre se deje despojar de su propiedad por temor á las censuras de los despojadores, más risible, sino fuera porque el asunto es demasiado serio, sería que un católico dejase de defender á la Iglesia contra sus enemigos, por temor á que éstos se disgustaran y censuraran su actitud.

Y aún suponiendo, lo cual no debe suponerse, que sus censuras fueran dignas de tenerse en cuenta; que los insultos, desprecios y oprobios que los liberales arrojan sobre los católicos, pudieran acarrear á éstos algún perjuicio, ¿sería esta razón suficiente para que por ella dejaran los católicos de trabajar en pro de la

Iglesia, de luchar por la causa de Nuestro Señor Jesucristo? ¿no merece tan santa causa que por ella se hagan, no alguno sino todos los sacrificios necesarios?

¡Ah! mentira parece que haya católicos que mediten sobre esto y no se resuelvan á trabajar con todas sus fuerzas, en todos los terrenos, por el triunfo de la Iglesia Católica, para que sea glorificado el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, para que nuestro adorable Redentor reine en los individuos y en los sociedades.

Y no se nos diga, (algunos lo dirán quizás), que nada puede hacerse, que las corrientes son contrarias, y que no se conseguirá detenerlas por más esfuerzos que se hagan.

Como no es posible detenerlas, es no haciendo nada ó haciendo poco, como hasta ahora se ha hecho; pero si todos los católicos trabajaran como debieran trabajar, no sólo sería posible, sino relativamente fácil acorrallar al enemigo y derrotarle en sus últimas trincheras, porque la nación es católica en la inmensa mayoría de sus hijos; y aunque la libertad de la prensa y otras libertades no menos perniciosas han logrado adormecer la fé de muchos, no la han matado por completo, y aún se podría conseguir que México volviese á ser el pueblo católico por excelencia.

Grandes destrozos ha hecho el liberalismo; pero no ha logrado matar la fé, aunque haya conseguido adormecerla.

Buena prueba de esto es que, á la hora de la muerte, en aquella hora suprema en que se vé más claro, por que las pasiones han perdido su imperio, son contadas las personas, y llama la atención el caso, que dejan de buscar al sacerdote, y prepararse para comparecer ante el tribunal de Dios.

Por eso, si todos los católicos trabajaran, como deben trabajar, mucho podría conseguirse, y el liberalismo sería por fin destruido.

Pero si por el contrario, los católicos todos no salen de su apatía y no luchan con todas sus fuerzas, lo que hoy tiene reme-

dio, puede convertirse mañana en mal irremediable.

El campo es extenso; donde trabajar no falta; lo que se necesita es voluntad y energía.

La prensa impía hace daño incalculable, ofuscando los entendimientos y corrompiendo los corazones; trabajen los católicos para fundar, sostener y propagar la lectura de periódicos de sana doctrina.

Críen los liberales, sociedades y centros desde los cuales pueden difundir mejor sus principios, pues hagan lo mismo los católicos; funden, sobre todo, círculos católicos de obreros que mucho bien puede hacerse con ellos.

En el Congreso se discuten y se aprueban proyectos y leyes que, si son malos, producen incalculables daños, y malos han de ser si los hombres que los discuten y aprueban no son buenos; trabajen los católicos con todas sus fuerzas, luchen sin descanso, no perdonen sacrificio para conseguir que vayan al Congreso representantes de arraigadas convicciones religiosas, que busquen, ante todo y sobre todo, el triunfo de la Iglesia y la prosperidad de la Patria.

En una palabra, allí donde los católicos vean el mal, procuren con energía destruirle ó implanten el bien, que si esto se procura con la ayuda de Dios, Dios no desamparará á los que trabajen por su causa, consiguiendo así destruir el liberalismo y salvar á la patria.

Que esto nos traiga disgustos, censuras, insultos, no importa; todo esto puede y debe soportarse con gusto cuando se trata del triunfo de la Iglesia, de la prosperidad de la Patria y de la santificación de nuestras almas.

MAXIMA.

Quando la ambición ó la casualidad te eleven á un gran puesto, no te ensoberbecas, ni pienses que eres superior á lo que antes eras. La basura puede subir muy alto sin dejar de ser basura.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, MAYO 8 DE 1894.

NUM. 57

SECCION I.

Copiamos del "Amigo del Clero," entrega 13, de 29 de Marzo de 1894, lo que sigue:

CONGREGACIONES ROMANAS.

FUNDACIONES.

1.º Un Sacerdote legó una cantidad á la Congregación del S. Redentor con condición que se enseñara la liturgia, ya por uno de sus miembros, ó por otro Sacerdote puesto por ella en una academia de Madrid. En caso de imposibilidad, los fondos debían darse á los Sacerdotes de la Misión con el mismo fin; y si estos tampoco podían enseñarla, la C. del S. Redentor los emplearía entonces en obras buenas y en Misas. No pudiendo ambas Congregaciones crear la expresada Cátedra, el Superior de los Redentoristas solicitó que se aplicara esta suma para la construcción de una casa nueva de su congregación. Entonces el Obispo reclamó los fondos para establecerla en su Seminario. La S. Congregación acordó lo que el Obispo reclamaba; y en consecuencia se reservó para su objeto. 21 de Mayo de 1892.

2.º El Obispo de Albenga haciendo las reparaciones indispensables á su Catedral, gastó más de 50,000 francos, quedando debiendo una tercera parte. Su Seminario pasaba por una extrema penuria; y teniendo un fondo de 14,000 francos, destinado para misas, pidió se le permitiera disponer de tal fondo para cubrir su déficit, imponiendo algunas misas á perpetuidad. La S. Congregación respondió afirmativamente, permitiéndolo sólo por cinco años; mas vencido el término, haciendo nueva solicitud el Obispo, se le respondió: *Prout proponitur, negative.* 15 de Julio, de 1893.

FUNERALES.

1.º Antes, los Cardenales en Roma podían elegir su sepulcro en la Iglesia de su título cardenalicio. Una ley se los prohibió, declarando que sus funerales tuvieran lugar en la parroquia de su domicilio, y que la mitad de los emolumentos fuera del Cura de la iglesia titular. Habiendo pretendido un Cura que por estas palabras *medietas emolumentorum* debía entenderse la mitad de la cera, la S. Congregación declaró que debía entenderse de todos los derechos percibidos por los funerales, comprendiendo el impuesto de colgaduras y sepultura. 18 de Marzo de 1893.